

Enrique Molina

## Palabras a egresadas del Santiago College

Discurso pronunciado el 18 de diciembre de 1945 en el 57.º Comencement Exercises del establecimiento.



una gentil invitación de Miss Elizabeth Mason, hábil directora de este magnífico Colegio, debo la satisfacción de encontrarme ante vosotros y el honor de dirigiros la palabra en esta solemne ocasión con motivo de celebrarse el quincuagésimo séptimo Comencement Exercises del establecimiento:

No puedo dejar de sentir a la vez la enorme responsabilidad que tal honor trae consigo, particularmente cuando no ignoro que esta tribuna ha sido siempre ocupada por personalidades eminentes, circunstancia que aumenta mi confusión no explicándome del todo cómo es posible que yo pueda estar aquí.

Fuera de agradecer tan señalada distinción tengo que agradecer también el hecho de que esta oportuni-

dad renueva mis recuerdos, en su mayoría gratos, de mis estadas en la Gran República del Norte. Se me hace, asimismo, jóvenes graduadas, como si vosotras, sin haber salido de este valle de nuestra América Hispana, hubierais tenido la suerte de realizar un largo viaje y de pasar algunos de los mejores años de vuestra vida en alguno de los excelentes establecimientos de aquel país. La buena calidad de la educación que se os ha impartido aquí y este bello ambiente, tan propio de los colegios norteamericanos, justifican mis palabras. Igualmente las justifica el hecho de que el origen de la situación actual del Santiago College se deba a la generosidad de una distinguida dama chilena y ex alumna, la señora Elisa Parada de Migels, que donó el sitio donde se levanta, gesto de munificencia a favor de la enseñanza particular muy frecuente entre los millonarios norteamericanos y, por desgracia, raro aún entre nosotros.

Lo que acabo de decir desvirtúa ya en parte aquella afirmación tan socorrida, sobre todo en años anteriores, de que la civilización norteamericana fuera excelente en el orden material, en el que tendrían la primacía, mientras que a los hispanoamericanos nos correspondería el primado de la espiritualidad. Tal fué la propaganda que llevó a cabo el ilustre escritor uruguayo José Enrique Rodó en las vibrantes páginas de su *Ariel*. Dudo mucho de que tal aserto fuera efectivo en los tiempos mismos en que Rodó publicó su libro. Ahora no lo es en absoluto. A estos hechos he aludi-

do al recordar mis permanencias en los Estados Unidos del Norte. Los establecimientos educacionales estadounidenses de todo orden habían alcanzado antes de la reciente guerra un grado de perfeccionamiento que los colocaba entre los mejores del mundo. Después del desenlace de la contienda que acabamos de presenciar su superioridad sin igual será incontestable. Y con ella se intensificará más aún el cultivo de las ciencias, del cual tenemos ya algunas manifestaciones estupendas, de esas que marcan época en la historia de la cultura universal. La filosofía, el teatro y las letras florecen con brillo en los Estados Unidos, y, forma también de espiritualidad, los norteamericanos son más religiosos que los hispanoamericanos. En el centro de casi todos los campus universitarios se alza la silueta gótica o romana de un templo cristiano. En ciertos días se ofrecen en ellos conciertos de órgano, cuyas notas en la hora crepuscular son portadoras de un inefable misticismo. Hay magníficas muestras del espíritu religioso norteamericano en sus bellas artes. Al frente del Museo de Boston, en un grupo de bronce de porte natural, un indio sobre su caballo eleva su súplica al cielo «invocando al Gran Espíritu». En los primeros años de la última guerra el conocido escritor Waldo Frank publicó un libro con el significativo título de «Carta para mares tempestuosos» (Chart for rough water). No es una «Carta» para que las naciones unidas avancen sin tropiezos en su conquista de la victoria. Esta la da por descontada. Lo que le preocupa es la crisis espiri-



tual por que atraviesa el mundo. Frank es un pensador de tendencias anti-burguesas y comunistas. ¿Y dónde encuentra esta inteligencia emancipada el correctivo para el mal que socava la vida de los hombres? En volver a la Gran Tradición consistente en considerar al hombre, no como un simple resultado del ambiente y de fuerzas mecánicas, por maravillosas que sean, sino como un depositario de lo divino. «El hombre puede ser hombre sólo en cuanto reconoce que es más que hombre. Dios es el valor dinámico y la vena de la vida; sobrepasa al individuo humano, y, a la vez, éste siente que Dios está dentro de él». Pero desde el principio de la época moderna, el hombre envanecido por las conquistas de la ciencia, ha querido poder prescindir de la Gran Tradición. Esto ha sido patente en nuestros días, sobre todo en los partidos de la extrema izquierda. La tesis de la Edad Media era «la salvación por medio de la gracia». La antítesis moderna es el bienestar en la tierra por medio de la razón, las leyes sociales y las técnicas. Así hemos llegado a un polo que resulta lo opuesto de lo que se buscaba, a la degradación de la personalidad humana en Europa, que culminó con los regímenes totalitarios. «El hombre actual, el esclavizador y el esclavizado, dice nuestro autor, es la flor de la cosecha de la arrogante edad moderna, que ha podido poder prescindir de las intuiciones de lo divino y de lo eterno». Para salir de este vacío angustioso señala Frank, como queda indicado, el camino de una síntesis en que la busca de la justicia y



del bienestar terrenos se penetre de lo divino que presta su íntimo valor a la personalidad. O sea, sin abandonar ninguna de las conquistas de orden material alcanzadas y, al contrario, para lograr el perfecto goce de ellas, volver a la Gran Tradición.

Citamos esta actitud como una muestra de la espiritualidad y religiosidad norteamericanas.

Lo dicho en favor de los Estados Unidos no significa de ninguna manera que entre los escritores y educadores de aquel gran país no se formulen acerbias críticas contra aspectos de su situación social y económica y contra sus sistemas educacionales. Parece ser propio de la esencia del intelecto humano, fuera de la función de conocer o tratar de conocer, estar siempre descontento.

Pero estas reflexiones derivadas de los recuerdos de un viajero nos han acercado a la consideración de uno de los dos grandes signos bajo los cuales se hará la vida de los habitantes del Nuevo Mundo. Este signo a que nos referimos primeramente consiste en el entrelazamiento indisoluble del destino de los anglo-americanos con el destino de los ibero-americanos; el otro lo constituye la democracia. Ambos están suspendidos del cielo de la humanidad, y son las grandes rutas por donde se desarrollará nuestro porvenir. Hemos empezado a contemplar el signo panamericano. La confraternidad americana es un ideal acariciado desde los tiempos heroicos de la independencia, es el sueño de Bolívar, que tomó cierta estructura oficial con la creación

de la Unión Panamericana hace cincuenta y cinco años y que hoy asume carácter de imperativo con raigambre en el alma y el corazón de los pueblos de este continente. A los temores y suspicacias suscitados en años anteriores por la idea del imperialismo ha sucedido la confianza despertada por la política de buen vecino. Hay que encimar la idea de una oposición entre las culturas norteamericana e iberoamericana. Lo que existe entre ellas no es oposición sino diferencia y deben completarse mutuamente. Si tal vez los norteamericanos puedan tener algo que aprender de nosotros en algún orden estético y espiritual, nosotros en cambio tenemos mucho que tomar de ellos en diversos aspectos de la vida espiritual también y, sobre todo, de su superioridad científica y técnica. Numerosos son los instrumentos que es menester poner en ejercicio para llevar a cabo esta recíproca transfusión. Pero en todos se halla implícito y a todos los supera el dominio de los idiomas de las dos grandes agrupaciones de los pueblos de América. Que de este lado del río Bravo del Norte se intensifique el estudio del inglés y que del otro lado se haga lo mismo con el español, y, si es posible, con el portugués. Es un adalid de esta faena el Santiago College con la importancia que se da en sus cursos al estudio y práctica del inglés. Los americanos tenemos la suerte de recibir en herencia los dos más importantes idiomas de la tierra que nos ofrecen en sus ricas literaturas todas las peripecias del alma humana, todos sus tormentos y esperanzas, fuentes inagotables

de alimento para nuestros espíritus, que integrados con el conocimiento de la literatura francesa nos proporcionan la base para un completo nuevo humanismo.

El otro signo bajo el cual tenemos que hacer nuestras vidas o continuar viviendo es el régimen democrático. Afianzado poderosamente por la fuerza de las armas con el triunfo de las naciones unidas ha sobrepasado con mucho su contenido ideológico anterior y se ha convertido en una de las grandes expectativas mesiánicas de la humanidad. Pero así y todo, tocaros este punto, adentrándome con vosotras en este orden de cuestiones, ¿no será acaso haceros descender inconsideradamente de la región de vuestras hermosas túnicas por las más prosaicas cosas de la tierra? Tal vez no. En la vida social todos somos fibras de un vasto organismo y, querámoslo o no lo queramos, en algún grado nos afecta lo que pasa en él. Es la ley del consensus formulada por Augusto Comte, o sea, la de la correlación de los fenómenos de la sociedad, la que afirma la relación recíproca de las diferentes partes de una cultura. ¿No sentimos todos como algo nuestro el apogeo de la poesía en Chile y que en este momento histórico tengamos el cetro de las liras del continente? Florecimiento extraordinario de esta situación es el premio de valor mundial acordado recientemente a una gran poetisa nuestra. Y, a la inversa, no podemos sustraernos a los efectos de la miseria, del dolor y de los vicios que nos rodean. Tenemos que sufrir, y es natural, por la ignorancia y las enfermedades de los demás,



y, ¡ay! también por su alcoholismo o negligencia. La torre de marfil, de que otrora alardearan los aristócratas del espíritu, no es dado concebirla ya sino, a lo más, como un refugio temporal donde el luchador pueda restaurar sus fuerzas para volver a la liza.

La mujer chilena ha dado pruebas de poseer virtudes, una alta cultura y patriotismo capaz de elevarse a ejemplar conciencia cívica cuando ha sido menester. ¿Como se va a desentender ella así de los problemas enunciados? Y menos hoy que se encuentra empeñada en conquistar los derechos que con toda justicia anhela para actuar en la vida pública. Ejercicio que no empece en nada, como tampoco empece que cultive las ciencias y las artes, al logro de esa plenitud primordial de la naturaleza de la mujer que consiste en poner en cuanto tocan sus manos suavidades del corazón, las dulces inquietudes del dios ciego, desde las ilusiones de la doncella hasta los encantos de la amistad y las hondas blanduras de la madre.

Pero no hay una sola democracia. Llamemos al régimen soviético también democracia, aunque esto pueda ser discutible desde más de un punto de vista. Así evitaremos disquisiciones enojosas y estaremos dentro del sentir general de que en la reciente guerra las democracias han triunfado sobre las dictaduras totalitarias. Encaradas de esta suerte las cosas el panorama del mundo nos ofrece en el momento actual dos formas claramente distintas de democracia: la soviética y la que designaremos como anglo-indo-americana, que es

la propia de Inglaterra y, salvo algunos gobiernos de tipo nazi-fascista, es la que funciona en los países de nuestro continente. Lo dicho no implica que entre las dos formas indicadas no sea posible la armonía y que, para aprovechar lo bueno que cada cual tenga, no quepan entre ellas influencias recíprocas que el tiempo pueda acentuar.

Mas, a pesar de los progresos alcanzados, progresos que deben servir de estímulos para nuestra acción, ambas tienen defectos y, dadas las esperanzas que se han cifrado en ellas, un fracaso de las democracias nos amenazaría con un futuro catastrófico. A nosotros nos corresponde velar principalmente por las del solar americano, por la de nuestra tierra chilena.

En este punto surge la educación como una esperanza, como un instrumento capaz de cambiar a los hombres. Con convencimiento en su eficacia entre nosotros se insiste mucho en la necesidad de educar a las masas, de concluir con el analfabetismo y de difundir las escuelas primarias y las escuelas industriales, agrícolas y de artesanos. Todo esto está muy bien y es muy necesario. Pero ¿no habrá que pensar asimismo en educar a los dirigentes? Mas, esto, en una ocasión como la presente, basta con insinuarlo.

Por otra parte, cuántas cosas más podría mencionarnos. El desconcertante estado de huelgas permanentes en que, como un organismo enfermo de fiebre incapaz de tener reposo, se debate la república. Y esa legión de funcionarios jubilados con excesiva premura en casi

todas las reparticiones del Estado, principalmente en el Ejército y la Armada, y en los Ferrocarriles. Hombres en vigorosa madurez son obligados a salir del servicio y siguen viviendo como pensionados del Fisco. Las leyes que esto autorizan han sido sin duda dictadas para satisfacer las aspiraciones de ascender de la gente joven. Muy atendibles son, ciertamente, los anhelos juveniles pero es de elemental sabiduría que jamás deben complacerse a costa de injustificados y enormes gravámenes para el Estado.

Pero tomemos los anteriores datos como caracteres psicológicos reveladores de estados del alma social para ponernos así más a tono con el fino ambiente femenino o espíritu femenino que esta tarde debe presidir y envolver nuestras actuaciones. Lo dicho significa que sabemos más reclamar el reconocimiento de derechos que pensar en el cumplimiento de nuestros deberes; significa que gozamos de tan amplias libertades como los países más adelantados de la tierra al respecto, pero que nos falta disciplina para aprovecharlas en la forma debida y conveniente a la colectividad; significa que se elude a la sombra de las masas la responsabilidad de cada cual; significa en suma que no consideramos el trabajo justo y honrado como lo que debe ser, como el objeto del supremo culto del hombre. Es sabido que, proporcionalmente, en Chile trabaja menos cantidad de gente que en otros países de la América Latina, como la Argentina y Colombia, por ejemplo, menos que en Rusia y menos seguramente que en los



Estados de Norte América. Con el agregado de que buen número de los que cuentan como trabajadores son sólo aparentemente tales y de que el rendimiento de los restantes es aún por término medio inferior al que se obtiene en los pueblos nombrados. Y pensar que los más de nuestros problemas económicos y financieros podrían resolverse con mayor cantidad de trabajo y con que éste fuese de mejor calidad. Aparte de la ganancia la respetable nobleza del trabajo estriba sobre todo en la labor realizada. Parecería, sin embargo, que muchos de nuestros compatriotas que alardean de desprejuiciados y se han apresurado a olvidar las enseñanzas de la Biblia, conservaran una de las que el hombre ha debido arrojar desde un principio como falsa, la de que el trabajo sea una condenación. Decía hace poco que, pensando en el espíritu femenino, tornáramos la vista hacia el aspecto psicológico de nuestras consideraciones y lo decía pensando también en que para el propósito de progreso nacional que anhelamos poder esperar grandes resultados de la acción milagrosa de ese mismo espíritu, de la acción de conciencia a conciencia y sobre la psique social realizada por las virtudes, la abnegación y el austero magnetismo del alma de la mujer.

Hemos hablado de las corrientes sociales que como grandes ríos arrastran nuestras vidas. Lo que no está reñido con la existencia del carácter individual. Al contrario; braceando en la ondas señeras de la cultura de cada tiempo se forma el verdadero carácter. El

aislamiento del sabio en su laboratorio es un aislamiento aparente. Los grandes santos ni los héroes, formas supremas del carácter, tampoco vivieron aislados.

En las discordias del cuerpo y del espíritu, en las disensiones de los impulsos de que inevitablemente es teatro el ser humano, el carácter es fuerza unificadora y sostenedora del individuo, es proa del alma capaz de abrirse paso entre las olas divergentes del mundo y de las propias encontradas inclinaciones. El carácter es valor y tener valor es hacer de sí mismo un universo completo. Poseer carácter es haber encendido en la mente una lámpara segura de fuego inextinguible. El carácter lleva en sí mismo su mejor galardón. El valiente, el honrado, el perseverante, el leal, el laborioso, el enérgico, el abnegado, sienten ante todo la satisfacción de proceder bien. Lo demás le viene por añadidura. El carácter es una bendición, ya conduzca a la más alta felicidad humana, o a la gloria, o al sacrificio y a la muerte.

En el Santiago College, como en sus congéneres norteamericanos, se da la primordial importancia que se merece al cultivo del carácter y a lo que es su expresión más acabada, la personalidad. Se les concibe dentro de normas de tolerancia y en armonía, por medio de la solidaridad y la cooperación con funciones de servicio y mejoramiento social.

Llegado a este punto de mis palabras y poco antes de terminar siento el vehemente deseo de ser el poseedor del secreto de la dicha para comunicároslo. Pero

tal secreto como fórmula no existe y el deseo de poseerlo se convierte simplemente en deseo de que seáis dichosas. La felicidad es una diosa algo esquiva para quienes la persiguen directamente y suele ser de fácil entrega para el pecho que es severo en la elección de los valores que han de guiarlo. Estoy convencido de que la dirección y el profesorado de este excelente colegio han hecho, jóvenes egresadas, cuanto han podido a fin de armaros bien para los embates de la vida. En forma conmovedora me ha sido dado apreciar más de una vez con qué amor, con qué gratitud y buenos recuerdos miran hacia él sus ex alumnas. Así comprendo que, junto con el placer que os embarga al ver cumplidas satisfactoriamente una de las grandes jornadas de vuestra existencia sintáis al mismo tiempo nostalgia porque vais a dejar esta casa. Pero estoy seguro de que no podéis dejarla por completo. Aunque para los caminos del mundo la mejor armadura sea un corazón fuerte sucede por la secreta alquimia de los sentimientos que el amor ayuda a mantener esa fortaleza. El alma necesita además lugares de recogimiento donde rehacerse a la sombra del cariño, y vosotras en las horas de laxitud o desencanto, que por desgracia nunca faltan, tornaréis los ojos a esta hermosa mansión y encontraréis que en ella hay corazones para recordaros, para amaros y para servirlos.

Me complazco, pues, en felicitar a la señorita directora y a sus colaboradores en el Colegio por la eficiente obra realizada; y felicitar particularmente a la



sociedad chilena y a otras colectividades hispanoamericanas por el enriquecimiento que recibirán con los dones, señoritas, que les van a aportar nuestros espíritus cultivados y vuestras almas bien templadas; en una palabra, o, más bien, por el enriquecimiento que les llevaréis con la gracia divina de vuestra bella juventud llena de promesas.